

Teoría del Actor-Red: Un pragmatismo contemporáneo

Daniel López Gómez y Francisco J. Tirado

El empirismo sólo conoce acontecimientos y a Otros, con lo que resulta un gran creador de conceptos.

Gilles Deleuze y Félix Guattari
(1991/1993, p. 51)

Michel de Certeau (2000) escribió varias veces a lo largo de su vida que cocinar, coser, pasear e incluso mirar son prácticas terriblemente complejas. Implican un sujeto, o varios, un objeto, o muchos, y una relación, o diversas. A su vez, cada uno de estos elementos presupone otros sujetos, está inmerso en más relaciones y se suma con objetualidades alternativas. ¡Y así hasta el infinito! Pues bien, otro tanto se puede decir de la *teoría del actor-red*. Nos llamaríamos a engaño si esta etiqueta nos hiciese pensar en un conjunto de principios y postulados perfectamente claros, establecidos y articulados. Muy por el contrario, remite a una propuesta compleja en extensión, sus objetos de análisis han sido múltiples, variados y diversos; y en intensidad: ella misma no es más que el efecto de las operaciones de *interesamiento*, *traducción* y *cajanegrización* que conceptualizó para examinar sus objetos de análisis. Por tanto, no resulta nada atrevido afirmar que la teoría del actor-red es ella misma tan compleja y complicada como los objetos que detalla en sus descripciones. Las controversias no sólo son su *modus operandi* analítico sino también una constante que ha marcado su desarrollo desde el inicio.

Los primeros trabajos de esta teoría aparecen en el campo de los estudios de ciencia y tecnología. Gravitan alrededor del *Centre de Sociologie l'Innovation de l'École des Mines* de París y tienen como principales autores a Michel Callon y Bruno Latour. En ese mo-

mento, sin ningún género de duda la teoría del actor-red es una propuesta que ha nacido y tiene que ver exclusivamente con la innovación científica y tecnológica; con el trabajo de las personas que se mueven en ese ámbito y con las relaciones que establecen con los entornos altamente tecnificados que las circundan. En ese momento, el interés que tales contextos despiertan en el pensamiento social es amplio. Corrientes con una fuerte presencia académica como la etnometodología (Lynch, 1993) o perspectivas, en aquel momento más rompedoras, como puede ser la escuela de Edimburgo (Bloor, 1976/1998), están analizando intensamente las prácticas en los ámbitos tecnocientíficos y planteando que el estudio social de nuestra realidad y nuestro presente tiene que pasar obligatoriamente por un examen detallado de tales círculos de producción de conocimiento y verdad.

En tal marco, la teoría del actor-red aparece como un vector radical y novedoso. Y ese efecto se produce por varias razones. La primera es la apuesta por una mirada que lleva a su máximo extremo lo que ya habían planteado las escuelas mencionadas. Nos referimos al principio de simetría generalizada. El pensamiento moderno se estructura a partir de tensiones y binarismos como sujeto y objeto, humano y no humano, sociedad y naturaleza, pequeño y grande, etc. La teoría del actor-red asume tales distinciones como vectores importantes y claves en la organización de nuestra cotidianidad pero en lugar de abordarlos como tensiones naturales o *a priori* esenciales del conocimiento y la experiencia humana los toma como productos o efectos. Meros resultados que emergen en el interior de complejas redes en las que actúan diferentes actores. La segunda razón es un corolario que se desprende del principio de simetría generalizada: el conocimiento y el significado no son una propiedad exclusiva de los seres humanos. Ambos son relacionales y, también, efectos o productos de las redes que hemos mencionado anterior-

mente. Éstas generan sus significados como parte del proceso de ordenación de sus propias relaciones y términos. En éste intervienen diferentes actores, materialidades diversas y multitud de relaciones y lazos, y es precisamente esta heterogeneidad de clases y tipos la que genera la riqueza productiva de una red. A tal proceso se le denomina lógica semiótica-material. Es decir, con personas, palabras y cosas hacemos más personas, palabras y cosas. Por último, la teoría del actor-red acaba de distanciarse de propuestas con el mismo objeto de interés en la medida en que sostendrá que las entidades que aparecen en las mencionadas redes heterogéneas son calificadas como “actantes”. La palabra proviene de la semiótica de Greimas y Courtes (1991) y hace referencia a cualquier elemento que tiene una función o actividad en una estructura narrativa. El concepto es valioso porque, precisamente, en la descripción de tal función no se establece una distinción a priori entre seres humanos y no humanos, entre efectos estructurales e individuales, entre dimensiones macro y micro. Los actantes no son entidades singulares o discretas. Más bien son partes de redes que han logrado cierto grado de estabilidad relacional y autonomía. Y, a su vez, se pueden considerar como un propio actor-red de pleno derecho porque siempre se pueden descomponer en una pléyade de otras entidades que actúan en la conformación de ese grado de estabilidad.

Con estas señas de identidad la teoría del actor-red generará fuertes polémicas y adhesiones hasta convertirse en un proyecto reconocible en sí mismo. Entre las reacciones más beligerantes destaca la crítica de David Bloor, quien publicó un texto titulado *Anti-Latour* (Bloor, 1999) en el que calificaba el principio de simetría generalizado de “oscurantismo elevado a la categoría de principio metodológico general” (Bloor, 1999, p. 97); o las acometidas de Collins y Yearley (1992) que veían en la teoría del actor-red una propuesta política y epistemológicamente reaccionaria que fragmenta y

disuelve la agencia humana y apuesta por una especie de realismo maquiavélico como principio metodológico general. La dureza de estas acusaciones sólo es una pequeña muestra del importante y virulento debate teórico que despertó a su alrededor la recién aparecida teoría del actor-red (ver Callon y Latour, 1992; Latour, 1999a).

Todo este revuelo podría entenderse como parte de una trayectoria lógica y natural, propia de los relatos históricos *wiggish*. La teoría del actor-red empieza siendo una propuesta teórica ninguneada, objeto de constantes controversias después, y ampliamente reconocida y alabada al final de ese vía crucis. Y tal afirmación es cierta. Tras múltiples controversias, la teoría del actor-red ha acabado traduciendo a los estudios de ciencia y tecnología a sus propios términos y haciéndolos “avanzar” hacia nuevos territorios. Hoy en día, conceptos como actor-red, traducción o inscripción son términos propios de la jerga general de los estudios de ciencia y tecnología y han comenzado a convertirse en puntos de paso obligado para cualquier investigación en ciencias sociales preocupada por la materialidad. Ante esta situación, cabe preguntarse en qué se ha convertido finalmente la teoría del actor-red. Es decir, qué transformaciones ha sufrido ella misma en esos procesos de traducción. Para algunos autores la respuesta es evidente: a medida que ha crecido su aceptación y aplicabilidad, ha desaparecido la frescura de los primeros años y ha entrado en un proceso de institucionalización.

La publicación del monográfico *Actor-Network and After* (Law y Hassard, 1999) es la expresión más palpable de la crisis de identidad que este triunfo generó entre los padres fundadores y los jóvenes investigadores más entusiastas de la teoría del actor-red. Precisamente, en el prólogo John Law se expresaba en estos términos: “Mi argumento es que en las circunstancias actuales estos [el apelativo, su solidez y el triunfalismo] son el peligro más importante para un pensamiento productivo, que pueda decir algo sustancial intelectual y

políticamente” (Law, 1999). Y el resto de contribuciones del monográfico van en la misma dirección: la supremacía académica de la teoría del actor-red conlleva un apoltronamiento intelectual y político que es necesario remediar. A partir de su reiterado uso, repetición y puesta en discusión, se ha convertido en una teoría social más, capaz de ofrecer explicaciones interesantes a preguntas usuales, pero al precio de depurar y simplificar las tensiones que la animaron originalmente. Es decir, se ha transformado en una propuesta con una identidad simplificada y compatible con otras miradas y puntos de vista. Evidentemente, tales características, en sí mismas, no son nada desdeñables. No obstante, alejan a la teoría del actor-red de su espíritu inicial y la ubican en una especie de impase ajeno a lo que debía ser su proceder característico.

Para corregir este riesgo de estandarización y dotar a la teoría de una nueva potencia heurística, Bruno Latour (1999b), en ese mismo monográfico, se atrevió a señalar algunas líneas definitorias del futuro de la teoría del actor-red. En su opinión, desde el inicio había cuatro elementos equivocados en la etiqueta “teoría del actor-red”. Éstos eran las palabras “teoría”, “actor”, “red” y el guión que separa a estas dos últimas. Originalmente, el concepto de “red” en los trabajos de Callon y Latour (1981) se desarrolló como una manera de hablar de la transformación y la traducción que continuamente se observaba en la actividad de científicos y tecnólogos que no podían ser aprehendidas con el uso de términos más tradicionales como el de institución o sociedad. Por tanto, “red” era un término que se desplegaba como herramienta crítica frente al marco conceptual de la sociología dominante en ese momento. No obstante, con el triunfo de las tecnologías de la información y la comunicación y el advenimiento de la WWW como fenómeno característico de nuestro presente, la palabra “red” pasó a connotar precisamente todo lo contrario de lo que se pretendía. Se convirtió en sinónimo de algo con

forma estable, de información, de transporte por canales fijos y establecidos, de acceso idéntico o de estabilidad. Por tanto, la palabra “red” constituye el primer camino de entrada de confusión y malentendidos en la etiqueta “teoría del actor-red”. Pasa otro tanto con la palabra “actor”. Ésta ha supuesto que la teoría del actor-red haya sido tachada a menudo de no romper claramente con todos los lazos de la sociología tradicional. Como hemos señalado anteriormente, se la ha acusado, por ejemplo, de enfatizar una lógica de descripción y análisis cercana al maquiavelismo. extremo que más que alejarla de la sociología tradicional la coloca en posiciones similares a la de cierto individualismo metodológico o propuestas sobre la acción racional de los actores sociales. Además, se la ha acusado, del mismo modo, de utilizar la noción de red como un ingrediente que disuelve la moral y las intenciones de los actores en un juego de fuerzas en el que ningún cambio a partir de la intervención humana parece factible.

Ante todo esto, Latour recuerda que en la teoría del actor-red, el concepto de red no es algo abstracto como el de estructura o el de sistema sino que se refiere a algo muy concreto: la suma de una variedad de cosas, inscripciones, escenarios, etc. Al mismo tiempo, el concepto de actor no encaja con el concepto clásico de agencia de la sociología tradicional porque no se refiere a actores con características predefinidas sino más bien es un concepto que enfatiza la diversas formas en que los actores confieren agencia a los otros, por tanto, estableciendo subjetividad o intencionalidad como procesos que emergen en las lógicas inherentes a redes de relaciones. Y, además, Latour recuerda que el guión entre la palabra actor y la palabra red invita a pensar la teoría del actor-red como un momento más en el debate sobre la relación entre la agencia y la estructura en el pensamiento social. Es decir, como una teoría social más. Sin embargo, la teoría del actor-red sólo es una teoría de la transformación de los ac-

tores en una situación no-moderna. No debe entenderse nunca esta propuesta como una teoría sobre lo social y sus propiedades. Por el contrario, es un método que permite dar voz a los actores y aprender sin prejuicios de sus actividades. La teoría del actor-red no puede explicar las prácticas porque es una técnica con la que se aprende a no dar por supuestas las características de ningún actor o entidad. Aunque se reconoce que no es posible una descripción neutral, se intenta desarrollar un *infralenguaje* que permita una descripción lo más cercana posible a los términos planteados por propios actores.

A pesar de todos estos malentendidos, Bruno Latour no propone prescindir de la etiqueta como una solución que revitalice el quehacer de la teoría del actor-red. Es más, en *Reensamblar lo Social* (Latour, 2008) vindica mantenerla y utilizarla con fuerza y convicción renovada. En su opinión, apropiarse y resignificar etiquetas típicas y habituales en el pensamiento social constituye un poderoso proceso de subversión y erosión. Su permanente explicación y especificación se convierte en una herramienta para desbordar y cuestionar permanentemente la teoría social tradicional. La etiqueta se presenta, de este modo, como un recurso para ralentizar la práctica del pensamiento social. Según Latour, la sociología al uso ofrece una actividad caracterizada por la velocidad, se acelera como la luz y siempre utiliza demasiados atajos heurísticos para llegar a su meta. Un buen ejemplo de lo dicho es recurrir a la idea de “lo social”, o a la de “grupo”, o a la de “institución”, o a la de “cultura”... para explicar un fenómeno y su origen. Este estilo de investigación rápida y poblada de atajos se disuelve cuando utilizamos la etiqueta “teoría del actor-red”. Por dos razones, la primera porque como decíamos estamos obligados a especificar que nuevo el significado que tiene cada término y su relación y, la segunda, porque al hacer semejante cosa tenemos que viajar por todas las pequeñas traducciones, desplazamientos, conexiones, lazos, etc. que se establecen entre diferentes

actores y que explican las formaciones que pueblan nuestra vida cotidiana.

El libro que el lector tiene ahora en las manos comparte la vindicación que hace B. Latour de la mencionada etiqueta. No obstante, pretende recorrer un camino inverso al que se señala en *Reensamblar lo social* (Latour, 2008). Nuestro objetivo no es tanto discutir sobre aquello definitorio de la teoría del actor-red a partir de un juego de afinidades y contrastes con el que este enfoque se posiciona en el campo de las ciencias sociales, como entroncar con el espíritu inconformista que tuvo en los años noventa. En ese sentido, la presente compilación recoge diversas contribuciones que incrementan el valor especulativo de la teoría del actor-red. Es decir, como diría (Stengers, 2000), especulan porque no se limitan a defender o criticar determinadas fronteras, juegan con ellas para crear otras nuevas y propias. En ese sentido, ofrecemos al lector un conjunto de propuestas que han entendido que la teoría del actor-red es ante todo un pragmatismo en el seno del pensamiento social. Son aportaciones que nos recuerdan que la teoría del actor-red nace como una reformulación del nuevo empirismo de William James y se convierte en una recreación actual de sus propuestas (ver Latour, 2008; Stengers, 2009).

Efectivamente, como ha señalado reiteradamente Bruno Latour (2011), la teoría del actor-red se constituye como un segundo empirismo o como la heredera directa del empirismo radical propuesto por William James. En palabras de Alfred N. Whitehead (1978), James supuso una revolución en la doctrina del empirismo porque rechazó el empirismo naïve y simplón que sólo consideraba como elementos directos de la experiencia los datos sensoriales elementales. Desde el punto de vista de esta perspectiva, la mente humana crea síntesis y totalidades con sentido añadiendo o, mejor dicho, poniendo relaciones en los datos ofrecidos por los sentidos a partir

de disposiciones mentales. Por tanto, tanto la realidad como el conocimiento se encuentran siempre bifurcados. Por un lado, tenemos la cosa que debe ser conocida y, por otro, la conciencia conocedora. La originalidad de James consistió en rechazar esta bifurcación. Más no en nombre de valores subjetivos, trascendentes o dominios espirituales, sino en nombre de la experiencia misma. Para este autor, no se puede privar a la experiencia de lo que la hace más directamente disponible: las relaciones. Resulta escandaloso limitar los hechos de la experiencia a los datos de los sentidos, pensando que una hipotética mente se encargará posteriormente de dotarlos con las relaciones que necesitan para convertirse en formas con sentido. El primer empirismo, de ese modo, no es más que un tipo de reduccionismo de lo que es accesible a la experiencia. El empirismo radical, o segundo empirismo, sin embargo suma las relaciones a los datos de la experiencia y coloca en el centro del pensamiento una pregunta que es a la vez antigua y completamente novedosa: ¿si las relaciones están dadas en la experiencia, cómo debe concebirse la actividad del pensamiento?

La respuesta es sencilla. El pensamiento captura, expresa y comprende esas relaciones gracias al concepto. El empirismo radical no es más que una enorme máquina de producir conceptos. El concepto es la respuesta que la investigación ofrece a la constatación de un juego de relaciones. Por esta razón, Deleuze y Guattari (1995) escribirán que: “la filosofía inglesa es una creación libre y salvaje de conceptos. Partiendo de una proposición (juego de relaciones) determinada, ¿a qué concepción remite, qué costumbre constituye su concepto? Ésta es la pregunta del pragmatismo” (Deleuze y Guattari, 1995, p. 107). Y, del mismo modo, desde su nacimiento, la teoría del actor-red se sitúa en esta senda. Se distancia del realismo por considerarlo un empirismo ingenuo que no acepta que las relaciones operan en la experiencia y, por tanto, somete la creación de concep-

tos a un juego de ajuste permanente entre la mente del sujeto conoedor y los datos de los sentidos. Y, al mismo tiempo, se aleja del construccionismo porque no asume la existencia de proposiciones o juegos de relaciones más allá del discurso o del canon cultural.

La teoría del actor-red se enfrenta a un mundo poblado de proposiciones. Un universo que se convierte en *pluriverso* en tanto que tales proposiciones son incorporadas a través del concepto. En ese sentido, nuestra tesis es que esta perspectiva no se comprende en toda su magnitud si no se atiende a este papel creativo. La práctica de la teoría del actor-red es una práctica especulativa. Y es una práctica de creación conceptual. Una investigación, cualquier indagación, no puede finalizar su recorrido sin la luz de un concepto. Por tanto, la teoría del actor-red se caracterizó y se caracteriza por una creación continua de conceptos. Y esa actividad creativa es la que ofrecemos al lector en esta compilación. Ya sea partiendo del estudio de caso o de la directa polémica teórica, los participantes de este proyecto se enfrentan al desafío de crear y, por tanto, recrear la teoría del actor-red. Sus aportaciones nos recuerdan que ésta es un pragmatismo y que la mejor manera de ponerlo en práctica es servir a su lógica: la búsqueda permanente del concepto.

Como ha señalado Law (2004), un modo de especular, de práctica una teoría del actor-red en su sentido radicalmente pragmático, es el trabajo empírico y especialmente los estudios de caso. La falta de claridad con la que nos encontramos cuando se estudia un caso intensamente no es un obstáculo que se debe superar mediante un diseño metodológico robusto sino un aliado que debemos explotar para hacer avanzar cualquier análisis más allá de los límites que la adscripción a un marco teórico impondría. Los productos de la teoría del actor-red se configuran gracias a la fuerza que la singularidad de las proposiciones analizadas imprime a las herramientas que utilizamos para dar cuenta de ellos. De ese encuentro sólo surge trans-

formación. Del objeto y de la propia teoría del actor-red. Pero transformación en el campo que abre la creación de un nuevo concepto.

Esto es justamente lo que muestran los textos de Daniel López, Blanca Callén, Tomás Sánchez-Criado y Jorge Castillo Sepúlveda y Francisco Tirado. En todos ellos, el trabajo de campo se convierte en el laboratorio conceptual con el que dar cuenta de las especificidades del objeto de estudio en cuestión a la vez que alimentar el repertorio de la teoría del actor-red con conceptos que lo enriquecen haciéndolo sensible a nuevos detalles y apreciaciones. Así, el texto de Jorge Castillo Sepúlveda y Francisco J. Tirado se enfrenta a la singularidad del cáncer en la investigación biomédica analizando el papel de protocolos y pruebas en la regulación. Tal análisis les lleva a cuestionar la tipología de objetos hasta el momento establecida por la teoría del actor-red y proponen la noción de objeto potencial acuñada por A.N. Whitehead. A su vez, Blanca Callén, centrándose en la proliferación de prácticas relacionadas con el software libre, ilustra cómo resulta muy útil revertir el concepto de “caja negra” y convertirlo en “caja transparent(abl)e” para analizar y comprender las lógicas que caracterizan el desarrollo e implementación del mencionado software. En un sentido parecido, Tomás Sánchez Criado muestra la utilidad de la teoría del actor-red para analizar el fenómeno del telecuidado y mostrar cómo se constituyen y conjugan lo que denomina paisajes de habitalidades. Finalmente, Daniel López a partir de la comparación entre prácticas científicas, tecnológicas y de cuidado muestra cómo la teoría del actor-red no es una teoría sobre el mundo ni de una metodología para las ciencias sociales, sino, más bien, un estilo de investigar que hace proliferar la ontología de los objetos de estudio y las maneras de articularnos epistemológica, ética y políticamente con ellos. Se trata de un estilo de enactar con un compromiso ético claro: hablar bien de las cosas.

Como ponen de manifiesto los anteriores textos, el campo de experimentación predilecto de la teoría del actor-red es el estudio de caso. Sin embargo, no es el único. Con el paso del tiempo ha ido calando la idea de que esta teoría es, fundamentalmente, un dispositivo anti-teórico. Así, para que los actores puedan impulsar la experimentación conceptual, en los productos de la teoría del actor-red, lo primero que se buscaba era aplacar cualquier tentación de teorización. Ésta podía convertir a éstos en meros *fetiches* de conceptos previamente acuñados. Para soslayar este problema, la teoría del actor-red se consagra a la simple descripción y deja de lado la discusión teórica. Nosotros, sin embargo, hemos querido aquí volver sobre esta conjura anti-teórica para tratar del mismo modo el terreno de juego que establece el estudio de caso y el que genera la discusión teórica. En última instancia no son más que el mismo terreno porque como hemos afirmando anteriormente de lo que se trata es de crear conceptos. En esa línea, en los textos de Paloma García, Yann Bona y Salvador Iván Rodríguez Preciado, Ignacio Mendiola, Arthur Arruda Leal Ferreira, Ignacio Farías, Isaac Marrero e Israel Rodríguez observaremos cómo la teoría del actor-red no sólo es incorporada en discusiones propias de la antropología, la sociología, la geografía, la psicología o el pensamiento político, sino que los propios conceptos de la mencionada teoría son sometidos a preguntas propias de estos campos, desafiándolos y empujándolos en direcciones inesperadas.

Paloma García, por ejemplo, se pregunta qué tipo de normatividad se destila en los trabajos de Bruno Latour y cómo está tiene algún interés para la práctica democrática actual. Su reflexión apunta en la dirección del enriquecimiento de la práctica política. De manera similar, la contribución de Yann Bona y Salvador Iván Rodríguez Preciado es un examen concienzudo de la noción de cosmopolítica de Isabelle Stengers. El propósito de los autores no es mostrar

las sinergias con la teoría del actor-red, sino justamente hacer hincapié en las interferencias. Por su parte, Ignacio Mendiola examina la noción de ecología política como un importante efecto de la teoría del actor-red que permite repensar nuestra manera de representar y habitar la naturaleza. Por otro lado, el trabajo de Arthur Arruda Leal Ferreira pone a prueba las tesis de Bruno Latour y Vincianne Despret sobre la producción de sujetos de conocimiento utilizando la historia de los diferentes dispositivos experimentales de psicología como campo de pruebas. A través de un repaso de los diferentes modelos de experimentación estudia los efectos en términos epistémicos y políticos de los diferentes dispositivos de “sujeto ingenuo” en el campo psicológico. La contribución de Ignacio Farías arranca en el cisma que supone para la teoría del actor-red el proyecto filosófico de los modos de existencia de Bruno Latour. Mientras uno se caracteriza por el monismo y la simetría, el segundo se interesa por la diferenciación del ser. Ignacio Farías ve en esta tensión un déficit conceptual que es necesario remediar en la teoría del actor-red: su obsesión empirista ha acabado por reducir lo real a lo actual, dejando de lado cualquier preocupación por hacer inteligible lo virtual. En un sentido parecido, el texto de Isaac Marrero propone imaginar una teoría del actor-red preocupada por lo político antes que por la política, por la movilización antes que por la representación. Tal teoría del actor-red podría crecer y desarrollarse a partir de dos injertos: por un lado, la política molecular propuesta por Maurizio Lazarato y por otro lado la noción de perspectivismo de Eduardo Viveiros de Castro. Finalmente, el texto de Israel Rodríguez aúna una preocupación por el espacio y por la política. Su objetivo es explorar el sentido político de la noción de red como figura espacial preponderante en la teoría del actor-red. Su indagación conecta los trabajos clásicos sobre móviles inmutables y la multiplicación de espacialida-

des con el concepto de línea, desarrollado por Tim Ingold y el de esfera de Peter Sloterdijk.

Una reflexión para concluir estas palabras preliminares: a nuestro juicio la teoría del actor-red es un soplo de aire fresco en el panorama intelectual del pensamiento social y es futuro. Y esto es así no tanto por el número de jóvenes investigadores que se acercan a ella buscando inspiración como por su compromiso con una práctica científica que gravita sobre la creación de conceptos. Sólo desde esa implicación ontológica y política con la práctica científica es posible pensar una realidad plural, cambiante y en perpetua transformación. Sólo desde esa fe se puede hacer una realidad múltiple y que no ceda a la tentación de la uniformidad.

Nota de los editores

A lo largo de las páginas de este volumen el lector encontrará reiteradamente dos abreviaturas: ANT y TAR. Respectivamente, hacen referencia a Actor-Network Theory y Teoría del actor-red. Cada autor o autora ha decidido discrecionalmente utilizar una u otra. En algunos casos se ha explicado la elección y en otros, dado que el uso de ambas siglas está extendido en la literatura de los estudios de ciencia y tecnología realizados en nuestra lengua, nosotros hemos respetado el criterio de cada autor o autora y hemos decidido no homogeneizar el mencionado uso.

Referencias

- Bloor, David (1976/1998). *Conocimiento e Imaginario Social*. Barcelona: Gedisa.
- Bloor, David (1999). Anti-latour. *Studies in History and Philosophy of Science*, 30, 81–112.

- Callon, Michel, y Latour, Bruno (1981). Unscrewing the big Leviathan: How actors macrostructure reality and how sociologists help them do. In Karin. D. Knorr-Cetina y Aaron. V. Cicourel (Eds.), *Advances in social theory and methodology: toward an integration of micro- and macro-sociologies* (pp. 277–303). London: Routledge & Kegan Paul.
- Callon, Michel., y Latour, Bruno (1992). Don't Throw the Baby Out with the Bath School! A Reply to Collins and Yearley. In A. Pickering (Ed.), *Science As Practice and Culture* (pp. 343–368). Chicago: The University of Chicago Press.
- Collins, Harry., y Yearley, Steven (1992). Epistemological Chicken. In A. Pickering (Ed.), *Science As Practice and Culture* (p. 301). Chicago: University Of Chicago Press.
- de Certeau, Michel (2000). *La invencion de lo cotidiano. Artes de hacer* (Vol. 1). México DF: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, Gilles., y Guattari, Félix (1991/1993). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- Greimas, Algirdas J., y Courtès, Joseph. (1991). *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- Latour, Bruno (1999a). For David Bloor. and Beyond: A Reply to David Bloor's 'Anti-Latour'. *Studies in History and Philosophy of Science*, 30A(1), 113–129.
- Latour, Bruno (1999b). On Recalling ANT. In J. Law y J. Hassard (Eds.), *Actor Network Theory and After* (Vol. 46, pp. 15–25). Oxford: Wiley-Blackwell.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Latour, Bruno (2008). *What is the Style of Matters of Concern?* two Lectures in Emperical Philosophy. Assen: Uitgeverij Van Gorcum.
- Latour, Bruno (2011). Reflections on Etienne Souriau's Les différents modes d'existence. In Levi R. Bryant, Nick. Srnicek, y Graham Harman

(Eds.), *The Speculative Turn: Continental Materialism and Realism* (pp. 304–334). Melbourne: re.press.

Law, John (1999). After ANT: Complexity, Naming and Topology. In John. Law y John. Hassard (Eds.), *Actor Network Theory and After* (Vol. 46, pp. 1–14). Oxford, UK; Malden, USA: Wiley-Blackwell. doi:10.1111/1467-954X.46.s.1

Law, John (2004). *After Method: Mess in Social Science Research (International Library of Sociology)*. Routledge.

Law, John, y Hassard, John (Eds.). (1999). *Actor Network Theory and After*. Sociological Review Monograph. Oxford, UK; Malden, USA: Wiley-Blackwell.

Lynch, Michael (1993). *Scientific Practice and Ordinary Action: Ethnomethodology and Social Studies of Science*. Cambridge University Press.

Stengers, Isabelle (2000). Another Look: Relearning to Laugh. *Hypatia*, 15(4), 38–40. doi:10.1111/j.1527-2001.2000.tb00348.x

Stengers, Isabelle (2009). William James. An ethics of thought? *Radical Philosophy*, 157, 9–19.

Whitehead, Alfred. N. (1978). *Process and Reality: An Essay in Cosmology* (2nd ed.). New York: The Free Press.